

## Ferdinand de Saussure: platónico no reivindicado

GUILLERMO LORENZO GONZÁLEZ  
Universidad de Oviedo

Concurre en torno a la obra y circunstancias de Ferdinand de Saussure toda una serie de factores que han contribuido a la diversificación de los juicios e interpretaciones recibidos por el *Curso de Lingüística General* (en adelante, *Curso*) a lo largo del siglo XX. El tratarse de una obra no escrita, en sentido estricto, por el autor que la firma, síntesis de pensamientos desarrollados y en parte modificados a lo largo de varios años, y la distancia, desconfianza y podría decirse que disgusto del autor con relación al trabajo, figuran crucialmente entre tales factores. De ahí que el *Curso* haya podido ser leído en clave conductista por Bloomfield o comentado por Chomsky como defensa de una concepción mentalista del lenguaje en abierto conflicto con las tesis del primero, tal como expone con todo detalle Joseph (2002: Chapter Six). Lo cierto es que, si hacemos caso de las declaraciones explícitas reflejadas en el propio *Curso*, Saussure no puede ser catalogado bajo ninguna de las categorías a las que los lingüistas norteamericanos han intentado atraerlo. Existen pruebas del todo contundentes en el *Curso* como para concluir que Saussure concebía la lingüística como una disciplina no relacionada ni con el comportamiento ni con el psiquismo humano. ¿De qué trata, pues, la lingüística en opinión de Saussure? ¿Cuál es la naturaleza de los objetos y relaciones que la disciplina debe encargarse de caracterizar formalmente?

A lo largo de este trabajo trataré de defender una opinión de entrada chocante, en la medida en que no parece haber sido elaborada con anterioridad, pero a mi juicio la única compatible con el caudal de afirmaciones del autor ginebrino reflejadas en el *Curso*: Saussure concedía a los fenómenos del lenguaje una existencia abstracta, actitud que lo que lo convierte, *ipso facto*, en un defensor del platonismo filosófico. La opinión resulta asimismo chocante porque si bien ocurre que, como se ha señalado arriba, Saussure ha sido reivindicado por los defensores de posturas radicalmente repelentes con los postulados del *Curso*, sucede sin embargo lo contrario en el caso de los defensores contemporáneos de los postulados del platonismo y de su aplicación al objeto de la lingüística. Así, encontramos en Katz (1981: 40) la afirmación no solo de que Saussure cuenta como uno de los más relevantes defensores de la interpretación “conceptualista” del lenguaje (término que Katz utiliza como sinónimo de “psicologista” o “mentalista”), sino de que su influjo sobre la lingüística del siglo XX ha sido

una de las causas que han dificultado el encuentro de la disciplina con su verdadero ambiente filosófico de desenvolvimiento, es decir, el platonismo.

En las páginas que siguen trataré de hacer ver que, muy en contra de la opinión de Katz, Saussure debe ser visto como un intérprete platónico del lenguaje. Las bases fundamentales de mi afirmación, cuyo desarrollo ocupará la primera parte del trabajo, son las siguientes:

- 1) Saussure acepta un “pluralismo ontológico” (en el sentido de Popper 1972) en el que tienen cabida entidades ni psicológicas, ni fisiológicas, ni físicas.
- 2) Los hechos de lengua son para él, en concreto, “valores” que trascienden los mundos mental y físico.
- 3) La lengua, tal como Saussure la concibe, no está sujeta a cambio, es “inmutable”.

La segunda parte del trabajo se ocupará de mostrar que Saussure no incurrió en extravagancia alguna al concebir así el objeto de sus investigaciones. Le asistía un “Zeitgeist” que, por otro lado, no ha dejado de tener continuidad ni apoyo filosófico a lo largo del siglo XX, si bien en un progresivo estado de alerta y con un creciente sentido de marginalidad. La parte final del trabajo retoma las consideraciones de Katz sobre la supuesta concepción no platónica de Saussure sobre el lenguaje y, sobre la base de la propia caracterización katziana del platonismo, tratará de hacer ver que el autor ginebrino encaja, casi punto por punto, bajo tal interpretación del objeto lingüístico. Nuestra tesis es, por tanto, la reivindicación del platonismo (no reivindicado) de Saussure, como intento de fijar el sentido profundo de sus afirmaciones y prevenir derivas interpretativas que, a nuestro juicio, traicionan la posición filosófica contenida en el *Curso*, una posición consistente y sólida a pesar de los factores aludidos en el arranque de esta presentación.

## 1. LA LINGÜÍSTICA SEGÚN SAUSSURE COMO “LINGÜÍSTICA PLATÓNICA”

### 1.1. El “pluralismo ontológico” de Saussure

La Introducción de *Curso de Lingüística General* aborda fundamentalmente la cuestión de cuál es la *materia* a la que se enfrenta el lingüista cuando lleva a cabo su trabajo y, más específicamente, cuál es el *objeto* que a través de su labor intenta caracterizar. Esta distinción entre la *materia* y el *objeto* de la disciplina es de crucial relevancia y de singular interés las opiniones formuladas por Saussure al respecto, en la medida en que concluye que el objeto de la lingüística no se confunde ni con la totalidad de la materia en que el lingüista debe basar su investigación ni con ningún aspecto en particular de aquella. La “lengua”, objeto propio y específico de la teoría lingüística, debe ser considerado como un hecho trascendente al “lenguaje”, materia que,

no obstante, el lingüista somete a escrutinio y en que basa sus conclusiones sobre la primera.

Antes de elaborar por extenso el razonamiento de Saussure, conviene subrayar la importancia que el autor ginebrino concedía a la elucidación de la naturaleza del objeto de la lingüística, tal como se refleja en el juicio que emite a propósito de los comparatistas decimonónicos en la rápida ojeada histórica de la disciplina a que se dedica el primer capítulo del libro:

esta escuela, con haber tenido el mérito indiscutible de abrir un campo nuevo y fecundo, no llegó a constituir la verdadera ciencia lingüística. Nunca se ocupó por determinar la naturaleza de su objeto de estudio. Y sin tal operación elemental, una ciencia es incapaz de procurarse un método (*Curso: 67*).

La cita evidencia la opinión de Saussure según la cual la delimitación y esclarecimiento del objeto de la disciplina eran premisas básicas para el desarrollo de una verdadera ciencia del lenguaje. A este respecto, la primera idea de Saussure consiste en el reconocimiento de que el lenguaje humano conforma una realidad demasiado heterogénea y compleja como para poder ser considerado como un objeto en sí mismo, con entidad propia y susceptible de ser teorizado desde una disciplina científica particular:

Tomado en su conjunto, el lenguaje es multiforme y heteróclito; a caballo en diferentes dominios, a la vez físico, fisiológico y psíquico, pertenece además al dominio individual y al dominio social; no se deja clasificar en ninguna de las categorías de los hechos humanos, porque no se sabe cómo desembrollar su unidad (*Curso: 75*).

En efecto, al estudiar el desarrollo de un intercambio lingüístico normal entre dos personas (*Curso: 76-8*), Saussure destaca que todo el proceso tiene un arranque *psicológico*, el momento en el que el hablante establece una adecuada selección de términos y fórmulas verbales capaz de expresar con éxito el contenido que ha conceptualizado previamente. A esta primera fase le sigue otra de naturaleza *fisiológica*, en la que los órganos del habla ejecutan las órdenes motoras recibidas desde el cerebro del hablante. Salimos entonces del organismo del hablante y entramos en una fase pública, de carácter *físico*: en ella los movimientos de los órganos del habla se traducen en vibraciones capaces de afectar al organismo del oyente. Y llegamos, así, a una nueva etapa privada, en la que los fenómenos experimentados por el hablante se reproducen, en orden inverso, en el oyente: las vibraciones de aire se convierten en su organismo en preceptos asociados a las mismas o semejantes ideas que el hablante trató de expresar. Considerando todo este proceso, encontramos que en el lenguaje se conjugan elementos psicológicos, fisiológicos y físicos, todos los cuales conforman por igual la materia que conocemos como tal. ¿Es, pues, la lingüística una ciencia multidisciplinar que se deba servir de las ideas y métodos desarrollados por las disciplinas correspondientes a cada uno de esos elementos? ¿O, acaso, una rama especial de alguna de ellas en particular, atendiendo a que alguno de entre tales elementos cuenta con un estatuto lingüístico privilegiado sobre los demás? Saussure responde negativamente a ambas alternativas. Desde su punto de vista, la lingüística tiene un

objeto específico, diferenciado, cuya esencia no se confunde con la de los objetos propios de los dominios señalados (psicología, fisiología y física), ni puede entenderse como una suma o conglomerado de estos. A ese objeto Saussure lo denomina *lengua*. La lingüística, por tanto, debe ocuparse de la lengua y no del lenguaje.

Es cierto que la lengua se relaciona con la psicología individual (concretamente, con la capacidad naturalmente fundada de los humanos para manejarse con sistemas de signos; cfr. *Curso*: 75-6) y que se sirve de la fisiología de los sistemas orgánicos de la fonación y la audición (cuyas misiones prioritarias no son, sin embargo, lingüísticas; cfr. *ibid.*), así como de las características del medio físico en que el ser humano se desenvuelve (un medio elástico proclive a la transmisión de las alteraciones causadas por los órganos del habla). Sin embargo, la capacidad humana para la comunicación e intercomprensión a través del ejercicio del lenguaje no se deja explicar como función ni de alguno en particular ni de la totalidad de los objetos propios de esos dominios. El éxito de la comunicación presupone, en el planteamiento de Saussure, la existencia de un elemento de cohesión, un “lazo social” entre individuos (*Curso*: 78), estable en el tiempo e idéntico para todos los miembros de una comunidad de hablantes, que poco tiene que ver con el carácter estrictamente privado e idiosincrático del saber de cada uno de sus miembros o con la naturaleza pasajera y extremadamente parcial de cada episodio comunicativo concreto. Muy por el contrario, el objeto de la lingüística debe quedar a salvo de toda contingencia impuesta en razón de tales factores y constituirse en un dominio temporal y espacialmente trascendente, objetivo y capaz de garantizar su integridad y cohesión internas: “atemporalidad”, “atopicidad”, “objetividad” y “cohesividad” que son, precisamente, las marcas distintivas de los “objetos abstractos” o “platónicos” (*vid.* Katz 1981: 186), entre los cuales la “lengua saussureana” parece encajar a la perfección.

Dejando de lado por el momento los dos primeros rasgos, cruciales no obstante en la caracterización saussureana de la lengua (*vid. infra*), resulta claro que la afirmación de que “la lengua no está completa en ninguno [de los sujetos que pertenecen a una misma comunidad]” (*Curso*: 78), la sitúa automáticamente en un plano trascendente al individuo (“objetividad”), solo en el cual manifiesta la totalidad de las propiedades básicas inseparables que la caracterizan (“cohesividad”). Así, cuando Saussure habla de atribuírsela no al individuo, sino a la masa, no hace sino sustraerla de un depositario actual y corpóreo para localizarla en una esfera trascendente que le garantiza todas aquellas propiedades en que descansa la satisfacción de los objetivos que está llamada a cumplir. Esto no priva a los individuos, por supuesto, de la capacidad de entrar en conocimiento de la lengua propia de su comunidad de hablantes. Al contrario, la lengua es el objeto propio del saber lingüístico alcanzado por cada uno de sus usuarios, pero en cada uno de ellos cobra una existencia “virtual”, pues propiamente hablando únicamente se manifiesta en sus cerebros de manera “incompleta” e “imperfecta” (*Curso*: 78). El canon de “perfección” y “completitud” viene dado, por supuesto, en la lengua en sí misma, abstracta, considerada como objeto cognoscible no manifiesto en ningún sujeto cognoscente particular, empleando terminología de Popper (1972) a la que volveremos abajo.

Lo que así se dibuja es la aceptación de un “pluralismo ontológico” (el término es también de Popper 1972) en que junto a los objetos de los mundos mental y físico coexisten los objetos de un mundo abstracto que no se confunde, por más que se relacione, con las otras dos esferas de existencia. La “lengua” de Saussure se localiza en este tercer mundo abstracto, mientras que el “lenguaje” participa por igual de los mundos mental y físico, tal y como resumimos en el siguiente esquema:

Mundo mental	Mundo físico	Mundo abstracto
— Estado de conocimiento lingüístico interiorizado por cada hablante oyente particular. — Operaciones psicológicas subyacentes a la ejecución e interpretación de actos de concretos de emisión.	— Operaciones fisiológicas subyacentes a la articulación y a la audición. — Realidad material (acústica) de las emisiones.	— Sistema cognoscible objetivo acerca del cual son estados de conocimiento los interiorizados por cada uno de los miembros de una misma comunidad de habla.
Lenguaje (materia a que se enfrenta el lingüista)		Lengua (objeto de la lingüística)

La aceptación de esta interpretación de la filosofía subyacente al pensamiento de Saussure exige, no obstante, el esclarecimiento (a su favor) de dos asuntos que ocupan buena parte de la Introducción del *Curso*. El primero de ellos son las consideraciones de carácter metodológico que Saussure desarrolla a propósito de cómo puede el lingüista, que, directamente, solo se enfrenta al lenguaje, acceder y así caracterizar formalmente la lengua. Estas consideraciones de Saussure pueden muy fácilmente llevar a una interpretación puramente instrumentalista de la lengua, entendida como poco más que una abstracción de carácter práctico, interesante para el lingüista que, operando sobre una idealización, consigue sobreponerse a la hermeticidad consustancial de su objeto real de estudio. Intentaré hacer ver que, muy al contrario, la más correcta interpretación del *Curso* a este respecto refuerza la tesis de la concepción saussureana de la lengua como un ente real de naturaleza abstracta que compete al lingüista caracterizar y no como un simple instrumento útil para un desenvolvimiento más cómodo de sus operaciones teóricas. El segundo asunto, en realidad entremezclado en el texto con el primero, tiene que ver con la aplicación del calificativo “social” a la lengua y con la caracterización de la lingüística como integrante de una “psicología social” de más amplio alcance, datos ambos que parecen minar la interpretación platónica de la lengua en favor de una superficial interpretación sociologista contra la que, no obstante, existen más que suficientes elementos desacreditadores.

Precisamente por tratarse de un objeto no directamente aprehensible ni por “introspección” (lo que es propio de los objetos mentales) ni por “percepción” (lo que es propio de los objetos físicos), Saussure propone una serie de pautas metodológicas de modo que el teórico del lenguaje pueda representarse de algún modo el objeto (abstracto) que trata de caracterizar. La primera de estas pautas consiste en tratar de “abarcar la *suma* de las imágenes verbales almacenadas en todos lo individuos” (*Curso*: 78), ya que, añade Saussure, “la lengua existe en la colectividad en la forma de una *suma* de acuñaciones depositadas en cada cerebro” (*Curso*: 84, los subrayados son míos en los dos casos). Esta última afirmación debe ser correctamente entendida,

pues Saussure no está afirmando que la lengua *sea* o *equivalga* a tal suma, sino simplemente que ese es el terreno (la “materia”) que es preciso confrontar como primer paso de cara una reconstrucción racional de la lengua. Para conseguirla aún es preciso un segundo paso consistente en establecer una “especie de *promedio*” (*Curso*: 78, el subrayado es también mío), en cuyo cálculo debe procederse a separar:

1° lo que es social de lo que es individual; 2° lo que es esencial de lo que es accesorio o más o menos accidental (*Curso*: 78).

De este modo, la entidad resultante se libra de toda suerte de asociaciones y representaciones que cada individuo, de modo característico, pueda asociar a las unidades y expresiones lingüísticas, así como de cualquier factor derivable de la idiosincrasia de su fisiología o de las circunstancias especiales que puedan concurrir en situaciones particulares de habla. Se entiende así la siguiente fórmula de Saussure:

$1 + 1 + 1 + 1 \dots = I$  (modelo colectivo) (*Curso*: 84),

donde los “1” representan el modo de darse el hecho lingüístico en cada hablante particular y “I” un modelo ideal no idéntico a ninguno de esos modos, ni tampoco a la suma de todos, algo que puede entenderse como “común a todos” y, sin embargo, “situado *fuera* de la voluntad” (*Curso*: 84, subrayado mío) de cada uno de los hablantes. El “modelo” resultante no debe entenderse, no obstante, como el denominador común a los diferentes estados de conocimiento lingüístico depositado en cada una de las mentes particulares de los miembros de una misma comunidad de habla, pues dado el carácter imperfecto o incompleto de cada uno de esos estados con relación a la lengua propiamente dicha, el modelo resultaría también de antemano deficitario con relación a aquella. El “modelo” que Saussure propone que el lingüista debe representarse debe, por tanto, ser entendido mejor como el “estereotipo” al que se aproximan las características de un mayor número de estados de conocimiento lingüístico particulares. El “estereotipo”, por definición, no necesita corresponderse con ninguno de esos estados en concreto, pero es, con todo, el sistema al que todos remiten en un mayor o menor grado de aproximación.

Expuesto el método, procedamos ahora a su interpretación. No cabe duda de que el objeto resultante de las pautas metodológicas propuestas por Saussure no es otra cosa que un constructo de naturaleza instrumental, pero no es menos claro que lo que Saussure ha tratado de poner así ante la mirada del lingüista no es la lengua propiamente dicha, sino una simple herramienta apta para favorecer la aproximación a un objeto que como tal, no se deja representar, como se señaló arriba, ni perceptiva ni introspectivamente. No es la lengua lo que resulta de la aplicación de este método, desde luego, y ello queda suficientemente claro si atendemos al hecho de que, para Saussure, el “método” no es el procedimiento a través del cual se accede al “objeto”, sino que, al contrario, es más bien una idea clara acerca de cuál sea el “objeto” de una disciplina la que puede favorecer el desarrollo de un método de trabajo de cara a su reconstrucción teórica. Interesa repetir aquí la frase de Saussure incluida en su crítica al comparatismo del siglo XIX, en que esta relación entre el objeto y el método de una disciplina científica queda meridianamente clara: “Nunca se ocupó por determinar la

naturaleza de su objeto de estudio. Y sin tal operación elemental, una ciencia es incapaz de procurarse un método” (*Curso*: 67). Por tanto, la lengua de Saussure no es, en ningún caso, una idealización de carácter instrumental capaz de facilitar el proceder del lingüista, si bien es cierto que precisamente su naturaleza abstracta impone la puesta a punto de métodos capaces de vencer su opacidad a los órganos de la percepción y al sentido de la introspección.

En cuanto a la segunda cuestión, parece bastante claro que el empleo recurrente por parte de Saussure del calificativo “social” con relación a la lengua, así como la caracterización de la lingüística como un aspecto de una “psicología social” de amplio espectro, no implican sin embargo la adopción por parte del autor ginebrino de un enfoque propiamente “sociologista”. Este es, por ejemplo, el punto de vista defendido convincentemente por Koerner (1973: 107-31), para quien los factores de orden sociológico ocupan en el pensamiento de Saussure un papel menor, cuya apelación consiste en la mayoría de los casos en el recurso a lugares comunes sin mayor trascendencia explicativa. Recurriendo a las palabras de Meillet en una reseña de conjunto a diferentes trabajos de lingüística teórica aparecidos entre los años 1906 a 1909, publicada en el *Année Sociologique*, la revista dirigida por Émile Durkheim, Saussure podría contarse perfectamente entre

los lingüistas [que] siguen estudiando las lenguas en sí mismas [...] y *no abordan sino accidentalmente las condiciones sociales de los fenómenos sobre los que trabajan* (reproducida en Normand *et al.* 1978: 89-91 el subrayado es mío),

pues Saussure no coloca, ciertamente, los factores de carácter social en el primer plano de sus explicaciones, por más que los hechos así explicados puedan acabar por tener repercusiones de alcance social. Por ejemplo, Saussure explica la uniformidad y estabilidad de los sistemas lingüísticos como consecuencia directa del “principio de arbitrariedad”, que hace dispensable cualquier empeño por modificar y mejorar las conexiones entre sonido y sentido en un sistema lingüístico (*Curso*: 143-4). Evidentemente, un sistema uniforme y estable actuará, a su vez, como el mejor garante de la mutua inteligibilidad entre los miembros de una comunidad de habla. Con todo, el factor dotado de una verdadera fuerza explicativa para Saussure es el principio formal de arbitrariedad, y no el beneficio social que, aun así, se obtiene de sus consecuencias.

¿Cuál es, entonces, la función que cumple en Saussure el término “social”, tan estrechamente vinculado al de “lengua”? La respuesta, a mi juicio, es que el término desempeña en el *Curso* un papel esencialmente contrastivo. Y esto, además, en dos niveles diferentes, aunque indudablemente relacionados:

1) De un lado, “social” contrasta, en sus ocurrencias esenciales a lo largo del texto, con “individual”, término que a su vez refiere a los aspectos psicológicos y fisiológicos del lenguaje, así como a las propiedades físicas de los sonidos exteriorizados en ocasiones singulares de habla por individuos concretos. “Social”, en este primer nivel, cumple simplemente el papel de desvincular la lengua de cualquiera de esos dominios. “Social” equivale a “trascendente al individuo”, es decir, no localizado

en ninguno porque es un bien común, compartido, que para serlo se sitúa en una dimensión que se eleva sobre el espacio y el tiempo.

De otro lado, el empleo de “social” en fórmulas como “psicología social” se relaciona con la campaña de emancipación de la lingüística con relación a la psicología propiamente dicha, es decir, la “psicología del individuo”, de la Saussure ciertamente es partícipe (Joseph 2000). Volveremos en el siguiente apartado sobre esta cuestión. Baste aquí notar que si bien en algunos casos tal tendencia condujo a una subordinación de la lingüística a la sociología, como en el caso de Meillet, en otros estaba claramente orientada a elevar a la lingüística como disciplina autónoma (*vid.* Puech & Radzinski 1978).

## 1.2. La lingüística de Saussure como “ciencia sobre valores”.

Con todo, el aspecto crucial en que la lingüística saussureana se nos revela como una “lingüística platónica” es la consideración y caracterización de los hechos de lengua como “valores”. ¿Qué es, exactamente, un “valor” en el sistema de pensamiento de Saussure? Se trata, básicamente, de un hecho que no debe su existencia a la materia en que concretamente se realiza ni es reducible a esta, de modo que puede manifestarse a través de materias no idénticas sin perder su propia identidad e incluso manifestarse al margen de cualquier base o soporte material. Los pasajes fundamentales de *Curso* a este respecto se localizan en la “Segunda Parte: Lingüística Sincrónica”, especialmente en las páginas dedicadas a establecer el carácter discontinuo, negativo (o relacional) y formal de los hechos de lengua frente al continuo, positivo y sustancial de los hechos materiales (físicos o mentales) del lenguaje. Examinemos todas estas nociones con cierto detalle.

### 1.2.1. “Continuo” (hechos materiales) frente a “discontinuo” (valores abstractos)

Un sistema lingüístico consiste, desde la perspectiva saussureana, en un conjunto fuertemente interrelacionado de hechos, los límites entre los cuales no están dados en modo alguno en las materias física y mental con que se relacionan y a través de la cual se manifiestan en actos de habla concretos. Desde el punto de vista de la manifestación psíquica del lenguaje, Saussure afirma que:

Psicológicamente, hecha abstracción de su expresión por medio de palabras, nuestro pensamiento no es más que una masa amorfa e indistinta. Filósofos y lingüistas han estado siempre de acuerdo en reconocer que, sin la ayuda de los signos, seríamos incapaces de distinguir dos ideas de manera clara y constante. Considerado en sí mismo, el pensamiento es una nebulosa donde nada está necesariamente delimitado. No hay ideas preestablecidas, y nada es distinto antes de la aparición de la lengua (*Curso*: 185).

Consideraciones casi idénticas son formuladas por Saussure con relación al aspecto físico, acústico, del lenguaje:

¿Ofrecen los sonidos por sí mismos entidades circunscritas de antemano? Tampoco. La sustancia fónica no es [...] fija ni [...] rígida; no es un molde a cuya forma el pensamiento deba acomodarse necesariamente, sino una materia plástica que se divide a su vez en partes distintas para suministrar los significantes que el pensamiento necesita (*Curso*: 185).

Considerada en sí misma, la cadena fónica no es más que una línea, un cinta continua, en la que el oído no percibe ninguna división suficiente y precisa (*Curso*: 176).

Así pues, la “lengua”, sistema internamente delimitado en hechos discontinuos, pertenece a un ámbito de existencia de naturaleza radicalmente distinta a la de los hechos materiales del “lenguaje”. Las distinciones que los hablantes proyectan sobre estos tienen su origen, por tanto, en la captación de las establecidas por la lengua en un dominio sin embargo diferenciado y trascendente al del lenguaje.

### 1.2.2. “Positivo” (hechos materiales) frente a “negativo” (valores abstractos)

Uno de los temas centrales del *Curso* consiste en el establecimiento de qué cuenta como “idéntico” y qué como “diverso” a los ojos de la lengua. La cuestión tiene una importancia central en el pensamiento de Saussure porque, desde su punto de vista, a la lengua le son ajenas identidades y diferencias que puedan establecerse en términos puramente materiales. Así, dos sonidos materialmente diferentes (por ejemplo, dos sonidos pronunciados por dos personas diferentes o insertados en diferentes contextos fónicos) pueden contar, sin embargo, como instancias de un solo hecho lingüístico. Se demuestra así una vez más la especificidad de la lengua con relación al lenguaje y, en clara contraposición a este, su naturaleza esencialmente inmaterial. Encontramos claras declaraciones a este respecto en el *Curso*, tanto a propósito del plano de la expresión como del plano del contenido de los signos lingüísticos, en las que queda claro que los hechos de lengua cobran entidad no en términos de las cualidades positivas de la materia en que llegan a concretarse en situaciones y hablantes concretos, sino en virtud de una tupida red de relaciones, existente con independencia de cualquier concreción particular, en que cada hecho se define negativamente frente a los demás:

el significante lingüístico [,] en su esencia, de ningún modo es fónico, es incorpóreo, constituido, no por su substancia material, sino únicamente por las diferencias que separan su imagen acústica de todas las demás. [...] Cada idioma compone sus palabras a base de un sistema de elementos sonoros, cada uno de los cuales forma una unidad netamente deslindada y cuyo número está perfectamente delimitado. Pero lo que los caracteriza no es, como se podría creer, su cualidad propia y positiva, sino simplemente el hecho de que no se confunden unos con otros. Los fonemas son ante todo entidades positivas, relativas y negativas (*Curso*: 192).

Cuando se dice que los valores corresponden a conceptos, se sobreentiende que son puramente diferenciales, definidos no positivamente por su contenido, sino

negativamente por sus relaciones con los otros términos del sistema. Su más exacta característica es la de ser lo que los otros no son (*Curso*: 190).

Así pues, los hechos de lengua no se confunden con la materia en que eventualmente puedan realizarse: el significante de un signo no es el sonido concretamente emitido por un hablante ni su significado la representación concretamente asociada en su mente a una determinada expresión. Más aún, significante y significado de un signo mantienen inalterada su identidad por más que no sean idénticos los sonidos y las representaciones en que se concretan en diferentes hablantes o en diferentes situaciones de habla. Significantes y significados, entendidos como hechos de lengua, se constituyen como tales en función (1) de su capacidad para entrar en relación con una unidad del plano complementario y (2) de la posición que cada uno de ellos ocupa en el entramado global del sistema de los significantes y del sistema de los significados en la lengua en cuestión. En palabras del propio Saussure:

Los valores están siempre constituidos:

1° por una cosa *desemajante* susceptible de ser *trocada* por otra cuyo valor está por determinar;

2° por cosas *similares* que se pueden *comparar* con aquello cuyo valor está por ver (*Curso*: 188-9, los subrayados son de los editores).

Este fundamento (relacional o negativo) de los hechos de lengua los diferencia y sitúa en un plano de existencia aparte de los hechos del lenguaje, cuya identidad se funda en cambio en la cualidad material de los fenómenos.

### 1.2.3. “Sustancial” (hechos materiales) frente a “formal” (valores abstractos)

A partir de las consideraciones sintetizadas en los dos puntos precedentes, Saussure ahonda, de manera ciertamente original, en el “principio de arbitrariedad”, estableciendo que no solo se aplica a la relación entre el significante y el significado de los signos (a la “significación”, en términos de Saussure), sino también a la segmentación que la lengua proyecta sobre las materias conceptual y fónica a través de las cuales se hace manifiesta. Estos deslindamientos no obedecen a determinaciones o motivaciones ineludibles, como Saussure prueba sobre la base del contraste interlingüístico:

Si las palabras estuvieran encargadas de representar conceptos dados de antemano, cada uno de ellos tendría, de lengua a lengua, correspondencias exactas para el sentido; pero no es así. El francés dice *louer* (une maison) y el español *alquilar*, indiferentemente por “tomar” o “dar en alquiler”, mientras el alemán emplea dos términos: *mieten* y *vermieten* (*Curso*: 190).

Así pues, Saussure extiende el principio de arbitrariedad, llevándolo desde el fenómeno de la significación hasta abarcar el de la delimitación lingüística de las materias fónica y conceptual. Esta extensión es la base sobre la que Saussure establece otra de sus distinciones conceptuales cruciales, la oposición entre “forma” y “sustan-

cia”, clave para una correcta caracterización de su noción abstracta o platónica de lengua. Saussure establece que:

*la lengua es una forma y no una sustancia. [...] todos los errores de nuestra terminología, todas las maneras incorrectas de designar las cosas de la lengua provienen de esa involuntaria suposición de que hay una sustancia en el fenómeno lingüístico (Curso: 195),*

afirmación en la que queda perfectamente clara la naturaleza insustancial, incorpórea de la lengua en tanto que tal, es decir, considerada al margen de sus eventuales (pero inesenciales) concreciones materiales. La lengua consiste, en definitiva, en un sistema abstracto (“forma”) que excluye la materia (“sustancia”) sobre la que proyecta su capacidad de formalización.

#### 1.2.4. Conclusiones

La caracterización saussureana de los hechos de lengua como “valores” puede considerarse su más fuerte afirmación en favor de una visión abstracta, objetiva o platónica de la lengua. Tal visión se fundamenta en tres consideraciones cruciales:

1) *Un valor no se confunde con la materia a través de la que se realiza.* Esta consideración establece un principio de “especificidad” de la lengua con relación al lenguaje, cuyos más sólidos apoyos son las consideraciones 2 y 3.

2) *Un único valor puede realizarse a través de hechos materiales no idénticos diversos,* es decir, a través de diferentes sonidos (emitidos por diferentes hablantes o en diferentes circunstancias por un mismo hablante) o de diferentes representaciones conceptuales (reflejo de la diversidad propia de la experiencia de cada sujeto). Esta consideración pone de manifiesto la “no conformalidad” de lengua y lenguaje y, de ahí, su esencial “independencia” mutua en tanto que dominios ontológicos.

3) *Un valor puede darse sin necesidad de realizarse materialmente.* Así, el significado ‘singular’ no necesita asociarse (y no lo hace en la mayoría de las lenguas) a un significante propio que a su vez le sirva como vehículo de exteriorización. En tanto que valor, su contenido queda establecido en función de los restantes valores numéricos existentes en el mismo sistema (‘dual’, ‘trial’, ‘paucal’, ‘plural’, según los casos) y su manifestación no exige más que la no manifestación de ninguno de los restantes valores en cualquier punto que la cadena hablada reserve a la expresión de estos. Por tanto, no necesita ser exteriorizado para ser captado. Una observación como esta muestra la esencial “autonomía” de los valores de una lengua con relación a los hechos (físicos o mentales) del lenguaje.

Todas estas consideraciones inciden desde ángulos complementarios en el carácter esencialmente abstracto u objetivo de la lengua, objetividad que resulta ser el fundamento último de su “comunicabilidad”, es decir, de su capacidad para trascender los límites del individuo e instituirse como bien perteneciente por igual a toda una comunidad de hablantes.

### 1.3. La lengua de Saussure como “objeto inmutable”

La concepción platónica de la lengua que estamos atribuyendo a Saussure resulta fuertemente reforzada en su caracterización de aquella como una entidad inmutable e inalterable. El *Curso* lo expresa así:

El sistema no se modifica directamente nunca; en sí mismo, el sistema es inmutable (*Curso*: 156, el subrayado es mío).

Esto no significa, naturalmente, que Saussure niegue la evidencia del cambio lingüístico; razona, eso sí, que los cambios no tienen lugar *en* el sistema (la “lengua”) ni redundan en modificaciones *del* sistema. Las tesis de Saussure a este respecto consisten en que:

1) el cambio solo opera sobre elementos lingüísticos aislados en la práctica individual del lenguaje, y

2) la lengua no sufre transformaciones (que eventualmente puedan convertirla en nueva lengua), si bien puede verse desplazada por una lengua diferente en la conciencia lingüística de una comunidad.

Saussure es meridianamente claro a propósito del primer punto de los enunciados anteriores:

*Sólo sufren alteración ciertos elementos*, sin atención a la solidaridad que los ata al conjunto (*Curso*: 156-7; el subrayado es mío).

Sabemos (*vid.* arriba § 1.2.2) que ningún hecho es, considerado en sí mismo, un hecho de lengua, pues el ser “hecho de lengua” exige la participación en un sistema de relaciones. Por tanto, si lo que sufre alteración es el hecho aislado y no el sistema de relaciones, no es la lengua lo que cambia, sino los elementos individuales del lenguaje; no el entramado de relaciones en que consiste la lengua, sino la cualidad (positiva o material) de su manifestación en hablantes y ocasiones particulares. El razonamiento puede encontrarse íntegro en el propio *Curso*:

La lengua es un sistema en el que todas las partes pueden y deben considerarse en su totalidad sincrónica. Como *las alteraciones jamás se hacen sobre el bloque del sistema, sino sobre uno u otro de sus elementos*, no se pueden estudiar más que fuera del sistema (*Curso*: 158, el subrayado es mío).

Tan firme es la posición de Saussure al respecto, que en su opinión no puede hablarse con propiedad del estudio diacrónico de la lengua, pues:

*todo cuanto es diacrónico en la lengua solamente lo es por el habla*. En el habla es donde se halla el germen de todos los cambios: cada uno empieza por ser práctica exclusiva de cierto número de individuos antes de entrar en el uso. [...] no todas las innovaciones del habla tienen el mismo éxito, y mientras sigan siendo individuales no hay por qué tenerlas en cuenta, ya que lo que nosotros estudiamos es la lengua; no entran en nuestro campo de observación hasta el momento en que la colectividad las acoge (*Curso*: 169, el subrayado es mío).

Es decir, el cambio no se registra más que en la práctica individual del lenguaje, en el habla y no en la lengua. Tan solo el efecto acumulativo de muchas alteraciones operadas en el nivel individual y su generalización a un número considerable de hablantes hasta llegar a convertirse en rasgos del estereotipo social de habla (en el sentido comentado en § 1.1) podrá hacer pertinente hablar de la aparición de un nuevo sistema de lengua. Pero debe valorarse que, entre tanto, los cambios solo se habrán estado produciendo, de un modo gradual y constante, en el habla. Podemos alcanzar así la conclusión de que, para Saussure, en la contraposición entre los aspectos sincrónico y diacrónico del lenguaje rige un contraste semejante al que se observa entre el carácter continuo de la materia lingüística frente al carácter discontinuo de la lengua (§ 1.2.1). El cambio propiamente dicho consiste en la propagación constante de alteraciones ocurridas (“fuera de toda intención” [*Curso*: 157]) en la práctica individual del lenguaje. Debemos representárnoslo como un flujo continuo de modificaciones mínimas, tal que resulta por completo inapreciable cualquier diferencia entre la manera de exteriorizar el lenguaje antes y después de que cada una de las modificaciones haya tenido lugar. Esta continuidad desvincula de inmediato el cambio lingüístico de la lengua y lo sitúa junto al aspecto material o sustancial del lenguaje.

El que las lenguas no cambien no implica, sin embargo, que no puedan sucederse unas a otras como los sistemas de comunicación propios de diferentes comunidades históricas de habla. Ahora bien, el cambio (si queremos llamarlo así) en este plano debemos representárnoslo como una sucesión de sistemas discretos, perfectamente delimitados y diferenciados los unos de los otros, cada uno de ellos íntegra o perfectamente formado desde el primer momento en que tenga sentido atribuírselo a una comunidad de hablantes y cuya aparición desplaza al sistema que lo antecede sin condenarlo, sin embargo, a la desaparición. Porque la lengua, desde la perspectiva platónica (y la de Saussure ciertamente lo es) trasciende a cada uno de sus hablantes y los sobrevive a todos: ninguna pierde la capacidad de ocupar virtualmente la mente de un hablante aún siglos después de haber perdido a aquellos en que se manifestó por primera vez como sistema propio de comunicación.

#### 1.4. Observaciones finales

Entre las notas manuscritas de Saussure rescatadas por Bouquet y Engler en 1996, encontramos abundantes observaciones que reafirman la visión abstracta y platónica de la lengua que estoy atribuyendo al lingüista ginebrino:

La existencia de hechos materiales es, tanto como la existencia de hechos de cualquier otro orden, indiferente a la lengua (*Écrits*: 76).

Palabras como estas sitúan inequívocamente la lengua en un orden ontológico inmaterial, en un mundo de valores diferenciado, independiente y autónomo con relación al mundo de los hechos materiales. Insiste asimismo Saussure en la necesidad de diferenciar claramente los “fenómenos *externos* o directamente mensurables” del lenguaje de los “fenómenos *internos* o de conciencia” propios de la lengua (*Écrits*: 18),

palabras en las que se introduce una noción de “conciencia” que no es, desde luego, la “conciencia individual” de los sujetos, sino una “conciencia trascendente o pura”, una suerte de “espíritu colectivo”, en la que la lengua encuentra un dominio propio de existencia:

Nuestro punto de vista constante consistirá en decir que no solamente la significación sino también el signo es un hecho de conciencia pura (*Écrits*: 19).

Así pues, el lugar de la palabra, la esfera en la que adquiere realidad, es puramente el ESPÍRITU, que es asimismo el único *lugar* en donde adquiere su sentido (*Écrits*: 83, los caracteres especiales son del original).

Podemos así concluir que lo argüido a lo largo de esta sección, fundamentalmente sobre la base de la evidencia textual de la obra del propio Saussure, da crédito a nuestra interpretación de las ideas del lingüista ginebrino como fundadas en el pluralismo ontológico propio del platonismo filosófico, tolerante con un dominio específico de existencia para fenómenos objetivos o abstractos que trascienden la psicología individual y que no se confunden con la materia a través de la cual pueden eventual y episódicamente manifestarse. La “lengua” saussureana nos parece inequívocamente localizada en dicho dominio.

## 2. EL PLATONISMO COMO “REACCIÓN ANTIPSICOLÓGICA” EN LOS SIGLOS XIX Y XX

Jerrold Katz justifica la progresiva inclinación de Noam Chomsky hacia una interpretación psicologista (y, en último término, biologicista) de sus formalizaciones sobre el lenguaje y las lenguas apelando a la inexistencia de una tradición y un trasfondo intelectual platónicos que lo hubiesen podido aliviar de los prejuicios habitualmente asociados a la postulación de entes abstractos u objetivos como realmente existentes (Katz 1981: 39-40). Invertiendo el razonamiento, podemos decir que la interpretación que vengo ofreciendo de las ideas de Ferdinand de Saussure resulta plenamente justificada si centramos nuestra atención en el florecimiento del platonismo filosófico desde los últimos años del siglo XIX, asociado a los nombres de Gottlob Frege y Edmund Husserl y al empeño de ambos por librar a la matemática, a la lógica y, en general, a los objetos del saber científico (como diferenciados de los procesos de obtención de dicho saber) de las interpretaciones psicologistas dominantes en la época. Joseph (2002) nos presenta la evolución intelectual de Saussure durante los años en que impartió sus cursos de lingüística general en Ginebra (es decir, 1906 a 1911) como un vacilante aunque ineluctable proceso de distanciamiento de las interpretaciones psicologistas del lenguaje humano imperantes en su entorno intelectual más inmediato. La tesis defendida en este trabajo, según la cual dicho proceso culmina con el posicionamiento abiertamente platónico de Saussure con relación a la naturaleza del objeto de la lingüística, se ve a nuestro juicio reforzada al considerar que el platonismo fue igualmente el punto de destino intelectual de autores como Frege o Husserl, con relación a cuya obra la de Saussure guarda evidentes paralelismos. En esta sección revisa-

remos brevemente estos paralelismos. Dedicaremos asimismo un subapartado a confrontar el pensamiento de Saussure con el de uno de los últimos defensores del platonismo filosófico, Karl Popper.

## 2.1. Gottlob Frege

Hay evidentes paralelismos entre el empeño de Saussure por poner a punto una nueva lingüística basada en la noción de “lengua” y el de Gottlob Frege por edificar una nueva lógica basada en la noción, también de muy esquivada fundamentación, de “sentido”. En “Sobre Sentido y Referencia” y, posteriormente, en la serie de artículos agrupados bajo el título común de “Investigaciones Lógicas”, Gottlob Frege desarrolla una profunda reflexión sobre la relación entre el mundo y los símbolos que empleamos al hacer referencia a él. Frege se esfuerza en estos escritos por justificar una estricta diferenciación entre el dominio de los objetos sensiblemente perceptibles, el “reino de la referencia” (o físico), cuya inteligibilidad es el fin último de toda forma de conocimiento, y el de las asociaciones individualmente asentadas en cada mente particular con relación a las correspondientes percepciones, el “reino de las representaciones” (o psíquico). Ahora bien, entre la consustancial privacidad de las representaciones mentales de cada sujeto, de una lado, y la publicidad de los entes localizados en el entorno exterior a los sujetos, de otro lado, parece abrirse una brecha que parecería imposibilitar, contra toda intuición, la idea de un conocimiento intersubjetivo, compartido, del mundo. Es esta la principal motivación de Frege para postular un dominio de mediación entre los reinos de la referencia y de las representaciones. En palabras del propio Frege: “Debe admitirse un tercer reino” (Frege 1918: 212). No es otro que el “reino del sentido” (o abstracto).

Mientras que las representaciones no son capaces de trascender los límites de cada mente individual, al sentido sí le es dado en cambio ese privilegio, en la medida en que se trata del aspecto colectivo del signo, apto para ser captado y compartido, al menos potencialmente, por la mente de los diferentes sujetos. Este carácter trascendente del sentido lo expresa perfectamente Frege al afirmar que el sentido “no necesita portador a cuyos contenidos de conciencia pertenezca” (Frege 1918: 213). Es decir, aunque el sentido se instala y opera en mentes individuales (asociado a representaciones individuales de diferente género), su verdadero ser se localiza al margen de estas. De ahí, concluye Frege, que no exista “ninguna objeción para hablar del sentido sin más” (Frege 1982: 175-7). En esta trascendencia del sentido con relación a la subjetividad propia de las mentes individuales funda Frege lo que denominará “Teoría de lo Objetivo”. Obtiene así una perfecta delimitación de los campos de estudio de la Psicología (a la que compete el estudio de las representaciones, es decir, de lo subjetivo) y de la Lógica (centrada en el sentido, o sea, en lo objetivo), sin lugar a dudas una de sus principales motivaciones personales. Recordemos que entre los principios fundamentales que Frege establece ya en los *Fundamentos de la Aritmética*, y que asumirá a lo largo del resto de su obra, el primero de ellos reza así: “Hay que separar siempre tajantemente lo psicológico de lo lógico, lo subjetivo de lo objetivo” (Frege 1884: 38).

Los paralelismos con relación a los propósitos de Saussure saltan a la vista. Como Frege, también Saussure busca la fundamentación de la lingüística al margen del estudio de la psicología individual; como aquel, tampoco Saussure niega la relevancia del plano individual, pero prefiere destacar la existencia de un nivel que trasciende al individuo y que es el que posibilita, en último término, la intercomprensión. Así pues, Saussure plantea la necesidad de apuntalar un nivel de estudio objetivo (el de la “lengua”), que nos permita elevarnos sobre el plano puramente subjetivo del lenguaje (la encarnación de aquella en hablas individuales). La “lengua” de Saussure, por tanto, parece tener perfectamente cabida entre los habitantes (objetivos o abstractos) del “tercer reino” fregeano, a su vez caracterizable como un “reino de valores”, a la manera de Saussure, sin traición alguna a las distinciones del lógico alemán. Debemos, no obstante, precisar dos puntos:

1) El “sentido” de Frege no coincide exactamente con el “significado” de las palabras. Este, en la visión fregeana, incluye componentes no conceptuales o afectivos (“coloraturas”, en sus propios términos) que nada aportan ni tienen que ver con la función cognoscitiva de los sentidos. No cabe, en cambio, en la concepción saussureana del “significado” la depuración y eliminación de tales componentes de la dimensión conceptual de la lengua, en la medida en que tales componentes pueden perfectamente constituir el elemento en que la palabra basa su especificidad con relación a otras de semejante contenido. Katz (1981) se ha ocupado de este problema y plantea una revisión parcial de las ideas de Frege de cara a obtener una plena identificación entre el “sentido” cognoscitivamente relevante y el “significado” idiomático de las palabras. Desde el punto de vista de Katz, puesto que los “sentidos” conceptualmente relevantes para la determinación de las condiciones veritativo-funcionales de una proposición son expresados lingüísticamente, conviene considerarlos como un aspecto del significado de los términos que los expresan. Esto no exige la discriminación ontológica entre tal aspecto y otros que, si bien irrelevantes en términos de la fijación de las condiciones de verdad, puedan considerarse igualmente constantes en toda actualización y, por tanto, trascendentes en relación con cada una de las materializaciones de un símbolo. La propuesta consiste, por tanto, en considerar el “sentido” fregeano como un aspecto del “significado” saussureano (tal cual se concibe aquí, naturalmente, pues Katz lo malinterpreta como un ente psicológico), sin que ello obligue a plantear una ruptura o discontinuidad ontológica entre ambas categorías.

2) El planteamiento de Frege limita la pertenencia a ese “tercer reino” a entes cuya captación deriva en la comprensión o intelección conceptual de determinados aspectos del mundo. Dicho con otras palabras, el “tercer reino” fregeano aloja exclusivamente entes significativos, esto es, “sentidos”. La dimensión objetiva o trascendente del lenguaje (la “lengua”) tal cual la concibe Saussure implica, además, valores abstractos no significativos, es decir, no exclusivamente “significados”, sino también “significantes”. Estos no implican inmediatamente comprensión o intelección de ningún tipo, si bien son el elemento mediato de la intercomprensión o intelección mutua entre los miembros de una comunidad de habla. En este sentido, cabría sencillamente apuntar como aportación filosófica de Saussure la justificación de la presencia de este

tipo de entes no conceptuales entre los registrables en un inventario ontológico abstracto (*vid.* a este respecto, no obstante, lo que se dirá en § 2.2).

Pasando por alto estas diferencias, reflejo de los intereses no estrictamente lingüísticos de Frege, podemos afirmar que existe una evidente afinidad entre el lógico alemán y el lingüista suizo en lo referente a los niveles ontológicos que ambos aprueban y a las razones que les asisten para localizar sus objetos respectivos de estudio en la misma esfera abstracta (esto es, ni física, ni mental). Ambos hablan de estos objetos, por cierto, como un “tesoro” compartido o común (Frege 1892: 87-8, *Curso*: 78), localizado, por tanto, no en la mente de la cada individuo, donde tan solo se aloja pasajera, fragmentaria e idiosincráticamente, sino de una suerte de mente trascendente colectiva en que habitan entes abstractos que, con toda propiedad, pueden considerarse patrimonio comunitario.

## 2.2. Edmund Husserl

Me centraré básicamente en el ensayo “Expresión y Significación”, primera de las investigaciones reunidas en Husserl (1900), para mostrar el evidente parentesco entre las motivaciones y conclusiones teóricas de Saussure y las del filósofo alemán Edmund Husserl, acaso disimulado por la sofisticación conceptual y estilística de los escritos de este último.

Husserl da arranque a su reflexión sobre la noción de significado estableciendo una distinción entre la capacidad de los signos para, de un lado, “expresar” una significación y, de otro lado, “señalar” una cosa o estado de cosas del mundo o un estado mental de quien lo utiliza. La diferencia fundamental entre estos dos niveles de análisis radica en que lo que el signo “señala” son siempre circunstancias o vivencias concretas, siempre, por tanto, en relación con condiciones ambientales y un ser pensante particulares; la significación que el signo “expresa”, en cambio, atraviesa todas y cada una de las circunstancias o vivencias con que entre en relación y es una y la misma para todos los seres pensantes que hagan uso de él. En palabras de Husserl:

El contenido psicológico es [...] conocidamente vario y notablemente cambiante de individuo en individuo; también cambia para el mismo individuo en diferentes tiempos y ello con respecto a «una y la misma palabra». [...] Frente a esta ilimitada multiplicidad de vivencias individuales, *lo que* en ellas es expresado es en todo caso algo idéntico; es *lo mismo*, en el sentido más estricto de la palabra (Husserl 1900: 285-7; los subrayados son del original).

El signo, en síntesis, señala “subjétivamente” los estados de cosas y vivencias que el hablante quiere notificar y que el oyente a su vez percibe, mientras que expresa “objetivamente” la significación que hablante y oyente comprenden, por más que su atención e intereses se centren fundamentalmente sobre aquellos estados y vivencias. La comunicación, ciertamente, consiste en ese juego de notificación y percepción de circunstancias factuales y vivencias íntimas que tiene lugar entre los interlocutores de cualquier acto verbal, juego en que los signos se apereiben fundamentalmente como

señales y al que es consustancial la no identidad o correlación exacta entre lo notificado y lo percibido por los actores del intercambio. Sí es idéntico, en cambio, el sentido o significación que cada signo empleado en una alocución expresa, cuya comprensión, por más que pase inadvertida en el trasiego de los intereses prácticos más inmediatos de la comunicación, posibilita el éxito de intercambios sostenidos entre sujetos sin embargo distantes en términos de experiencia mundana y vivencias mentales.

Además, también la expresión de un signo, en virtud de su asociación con la significación objetiva localizada en un plano experiencial que trasciende las contingencias del mundo y la mente, es algo más que una simple marca que apunta o es capaz de evocar singularidades del entorno o la psicología de los sujetos. La expresión, al conformar una unidad esencial con la significación que objetivamente expresa, opera una “modificación fenoménica” en virtud de la cual deja de ser un simple fenómeno físico (acústico o visual) y alcanza el mismo plano trascendente de la significación con que se mantiene unida esencialmente:

El fenómeno verbal físico experimenta un modificación fenoménica esencial cuando su objeto asume la validez de una *expresión* (Husserl 1900: 245, el subrayado es del original).

Además, y en la misma medida que la significación con relación a las circunstancias o vivencias comunicadas, la expresión debe considerarse como una “especie única”, es decir, una y la misma entidad en todas las ocasiones de empleo del signo, mientras que el acontecimiento acústico o el estímulo visual es diferente en cada caso y absolutamente irrepetible. Husserl lo expresa así:

No entendemos naturalmente por expresión este producto sonoro exteriorizado *hic et nunc*, la voz fugitiva que jamás retorna idéntica. Entendemos la expresión *in specie*. La expresión “residuo cuadrado” es la misma, pronúnciela quien la pronuncie (Husserl 1900: 246).

Expresión y significación son, por tanto, “esencias” que no se confunden ni con los sonidos o grafismos ni con los estados del mundo o vivencias mentales manifiestos en los actos de habla particulares. Conjuntamente constituyen una “unidad ideal” (un “signo expresivo”, en términos de Husserl), a cuyos componentes (“significación” y “expresión”) “le es accidental el ser pensados y expresados” (Husserl 1900: 291).

Creo que no es necesario añadir mucho más a lo expuesto para aceptar la afinidad (si no la identidad) entre las nociones de “signo expresivo” (Husserl) y de “signo” (Saussure), de “expresión” (Husserl) y de “significante” (Saussure) y de “significación” (Husserl) y “significado” (Saussure). El signo es, para ambos autores, una entidad indisoluble cuyos componentes adquieren, en tal marco, una naturaleza esencial o formal que los diferencia e independiza de los fenómenos físicos y psíquicos manifiestos en el intercambio comunicativo real. Falta en Husserl el principio de caracterización negativa o relacional de las entidades formales, acaso la aportación más original del lingüista suizo en el marco del pensamiento platónico de los primeros años del

siglo XX con que lo estoy relacionando. Pero la afinidad intelectual entre los dos autores se ve fortalecida, hasta el extremo de legitimar la posibilidad de hablar de una verdadera corriente de influencia de Husserl sobre Saussure, si reparamos en los dos detalles siguientes:

1) Encontramos en Husserl (1900: 264) la comparación entre los sistemas de signos y el juego del ajedrez en términos semejantes y como ilustración del mismo principio para el cual apela a ella Saussure (*Curso*: 159-60 y 183-4, *Écrits*: 67):

Las figuras del ajedrez no se ofrecen en el juego como tales o cuales cosas, con tal o cual forma y color y de tal o cual materia (marfil, madera, etc.). Lo que las constituye fenoménica y físicamente es completamente indiferente y puede cambiar a voluntad. Más bien debemos decir que se convierten en figuras de ajedrez, es decir, en marcas o fichas de juego, mediante las reglas del juego, que les dan su *significación* fija. Y así los signos aritméticos poseen, además de su significación originaria, su significación, por decirlo así, de juego; la cual se orienta según el juego de las operaciones de cálculo y sus conocidas reglas (Husserl 1900: 246).

De la misma manera que en el juego del ajedrez sería absurdo adivinar qué es una reina, un peón, un alfil o un caballo si los consideramos fuera del juego del ajedrez, carece de sentido, si consideramos rectamente *la lengua*, buscar qué es cada uno de sus elementos considerándolos en sí mismos. Estos no son más que piezas valiosas en virtud de su oposición con las demás según ciertas convenciones. [...] No es necesario ni hace falta jamás escrutar la naturaleza exacta de su materia: sería un esfuerzo por completo inútil (*Écrits*: 67).

No enturbia la evidente afinidad de las dos argumentaciones el que Husserl acabe por hablar de los signos aritméticos y Saussure de los signos lingüísticos. La reflexión del primero no se limita al análisis de la simbología de las matemáticas; consiste, en realidad, en un intento de esclarecimiento teórico del fenómeno simbólico en general, cuyas conclusiones abarcan por igual a los signos propios de sistemas de notación especial como los de las matemáticas (a que hace referencia específica el pasaje citado) y a los signos propios de los usos comunicativos ordinarios. Téngase en cuenta que Saussure tampoco dudaría en extender sus conclusiones acerca de los sistemas de signos lingüísticos a otros sistemas semiológicos, sistemas de valores, al fin y al cabo, en la misma medida que la lengua. Tampoco atenúa la afinidad entre los dos autores el hecho de que el símil del ajedrez sea, en buena medida, un “tópico” recurrente a lo largo de la historia del estudio del lenguaje y las lenguas. Lo realmente interesante es que Husserl y Saussure no apelan a él para sencillamente ilustrar el carácter reglado de las gramáticas; no, ellos lo hacen para esclarecer la naturaleza formal, esencial o abstracta (inmaterial, si se quiere) de los componentes de un sistema de signos. En esto, no cabe duda, la coincidencia es exacta.

2) Constatamos arriba que Saussure identifica el signo y, consecuentemente, la lengua en tanto que sistema de signos como hechos de “conciencia pura” [*Écrits*: 19, cit. en § 1.4]. La expresión remite una vez más a Husserl y puesta en relación con la caracterización husserliana de la “conciencia pura” como un orden particular de existencia obtiene su mejor aclaración. Husserl concibe tal orden como compuesto de los

“tipos esenciales” que permanecen en nuestra intuición de las cosas una vez que nos hemos desentendido (“desconectado”) de todo prejuicio relativo a la existencia natural de tales cosas y a las peculiaridades de la psique que sostenga en cada caso las intuiciones correspondientes (para lo que sigue, *vid.* Husserl 1913, especialmente el Capítulo III de la Sección Segunda). Dichos tipos esenciales conforman un dominio de entes:

a) “trascendentes”, en el sentido de que se extienden sobre toda situación natural y psicológica concretas, así como sobre los diferentes modos de aprehensión psicológica de aquellas (percepciones, fantasías, sentimientos, etc.);

b) “a priori”, en la medida en que son anteriores a toda indagación natural o psicológica y resultan inalterados por cualquier conclusión alcanzada en esos dominios de investigación, y

c) “inmanentes”, es decir, capaces de sobrevivir a la aniquilación de los mundos natural y psíquico, teniendo en cuenta que no son parte constitutiva de uno u otro.

De hecho, profundizando algo más en este tercer punto, Husserl observa que son los dominios natural y psicológico los que más bien guardan una relación de dependencia respecto al dominio de la pura conciencia, en la medida en que sus componentes se configuran como legítimos objetos de indagación gracias al relieve que cobran en virtud de los tipos esenciales que cada uno de ellos encarna. La “conciencia pura”, añade Husserl, es además el único fundamento posible para una “mutua inteligencia”, en la medida en que solo los rasgos propios de los tipos esenciales (los arriba enumerados) permiten que nos elevemos sobre la naturaleza episódica, fragmentaria o parcial de la experiencia mundana mediada por la psicología individual.

La consideración saussureana de los “hechos de lengua” como “hechos de conciencia pura” debe ser interpretada, desde mi punto de vista, como una traslación casi literal de los supuestos y consecuencias metafísicos del pensamiento fenomenológico al caso del lenguaje. Los hechos de lengua conforman:

a) un dominio aparte e incontaminado por los hechos materiales (psíquicos, físicos y fisiológicos) en que se encarnan individualmente;

b) que no está dado en modo alguno en tales hechos sino que, al contrario, establece inmanentemente las pautas y condiciones que determinan cuáles hechos pueden, y cuáles no, ser considerados encarnación de cada tipo esencial, y

c) que garantiza la inteligibilidad mutua a pesar de las muy diferentes condiciones psíquicas, físicas y fisiológicas de los individuos que componen una comunidad de habla.

Parece legítimo concluir, por tanto, que la afinidad de los objetos y de los objetivos de los dos pensadores es mucho más que acusada.

### 2.3. Karl Popper

Dedicamos esta sección al filósofo austriaco Karl Popper, recurriendo en apariencia a un flagrante anacronismo, por dos razones fundamentales. En primer lugar, porque nuestra pretensión no es tanto apuntar posibles focos de influencia directa sobre Saussure como reconstruir el marco conceptual en que, de acuerdo con mi interpretación, sus ideas cobran su más correcto sentido. La alusión a Popper en esta sección cumple así el papel de establecer una referencia que, sumada a las de Frege y Husserl de las secciones precedentes, acaba por trazar el arco bajo el cual el pensamiento de Saussure encuentra su mejor encaje. En segundo lugar, el “platonismo” de Popper también nos interesa porque sirve para apuntalar ciertas ideas, no del todo conformes al platonismo de Frege o de Husserl, que aclaran y justifican ciertos problemas de la localización del lenguaje en una esfera de objetos platónicos.

Destaca, de entrada, la perfecta afinidad de la “ontología plural” explícitamente defendida por Popper con la asumida por Saussure, tal como se aprecia en el siguiente pasaje del primero:

El mundo consta al menos de tres sub-mundos ontológicamente distintos: el primero, es el mundo físico o de los estados físicos; el segundo, es el mundo mental o de los estados mentales; el tercero, es el de los inteligibles o de las *ideas en sentido objetivo*, el mundo de los objetos de pensamiento [o conocimiento] posibles: el mundo de las teorías en sí mismas y sus relaciones lógicas, de los argumentos y de las situaciones problemáticas tomados en sí mismos (Popper 1968: 148).

Más aún, en ese “tercer mundo” en el que Popper localiza el contenido objetivo de las teorías (como diferente de su grado de conocimiento variable de unos a otros sujetos) o las relaciones lógicas entre sus componentes (que la mente no tiene el poder de establecer, sino simplemente la capacidad de captar), sitúa además el lenguaje, entendido como un ente objetivo, diferente su grado de conocimiento en particular en unos u otros hablantes, cuya mente capta y reconstruye parcialmente, y que por eso mismo escapa o trasciende ese nivel de existencia. Popper lo expresa así:

Es característica esencial del ser humano aprender un lenguaje, lo cual significa básicamente aprender a captar *contenidos de pensamiento objetivos* (como los llamaba Frege) (Popper 1968: 149).

No debe confundirnos, por tanto, el empleo de la etiqueta “lenguaje” empleada por Popper, porque su lenguaje no es otra cosa, en esencia, que la “lengua” saussureana. Su más destacada particularidad ontológica es su inmaterialidad física y, sobre todo, su existencia al margen de toda mente individual; es decir, su objetividad en tanto que conocimiento no dado en o autónomo con relación a subjetividad alguna:

[Existen] dos sentidos distintos de conocimiento o pensamiento: (1) *conocimiento o pensamiento en sentido subjetivo* que consiste en un estado mental o de conciencia, en una disposición a comportarse o reaccionar y (2) *conocimiento o pensamiento en sentido objetivo* que consiste en problemas, teorías y argumentos en cuanto tales. El conocimiento en sentido objetivo es totalmente independiente de las pretensiones de conocimiento de un sujeto; también es independiente de su

creencia o disposición a asentir o actuar. El conocimiento en sentido objetivo es *conocimiento sin conocedor: es conocimiento sin sujeto cognoscente* (Popper 1967: 108).

El aspecto de las ideas de Popper que nos parece que aclara y hace especialmente justificable la intromisión de la “lengua” de Saussure en esta esfera de objetos cognoscibles abstractos es la consideración por parte del primero de que cada uno de esos objetos es, originalmente, un producto de la actividad y la mente humanas que acaba por cobrar independencia con relación a ellas y por instalarse en ese mundo autónomo de entes objetivos:

*Sugiero la posibilidad de aceptar la realidad o (como también puede decirse) la autonomía del tercer mundo y, a la vez, admitir que éste se constituye como producto de la actividad humana. Incluso se puede admitir que el tercer mundo (una de cuyas partes está constituida por el lenguaje) es un producto humano a la vez que sobrehumano en un sentido muy claro. Transciende a su productor* (Popper 1968: 152).

El conflicto que esta consideración trata de resolver es especialmente manifiesto en el caso de las lenguas. Pues si bien es intuitivamente aceptable la proposición de que una lengua muerta, por ejemplo el griego clásico, continúa existiendo, como atestigua la posibilidad real de aprenderlo y emplearlo para quien así se lo proponga, es decir, que su existencia ha trascendido a sus hablantes originales, no parece igualmente intuitivo proponer además su preexistencia con relación a esos hablantes. El platonismo fregeano no tiene escrúpulos en afirmar que el contenido objetivo de un pensamiento como el teorema de Pitágoras existía antes incluso de que fuese formulado por primera vez, a la espera de ser “descubierto” por esa primera mente que lo “captó”:

*El pensamiento que expresamos en el teorema de Pitágoras es atemporalmente verdadero, verdadero independientemente de que alguien lo tome por verdadero. No necesita portador. No es verdadero solamente desde que fue descubierto; al igual que un planeta, ya antes de que alguien lo hubiese visto estaba en interacción con otros planetas* (Frege 1918: 212-3).

Afirmar algo semejante a propósito de una lengua, suponer que el griego clásico existía a la espera de ser descubierto por las mentes de sus primeros hablantes, parece un completo despropósito, porque tal afirmación contraviene la aceptabilidad de la intuición de que una lengua, siglos después de su época de vitalidad auténtica, pueda seguir siendo aprendida y utilizada. Esta intuición solo rige prospectivamente, en ningún caso retrospectivamente. Por eso, el elemento del platonismo de Popper que estamos comentando puede retrotraerse y proyectarse sobre el platonismo atribuido a Saussure, solventando así un aspecto en que las ideas del lingüista suizo parecerían contravenir uno de los supuestos más significativos (y también problemáticos) del platonismo vigente en su propia época.

### 3. LA “LINGÜÍSTICA PLATÓNICA” COMO REACCIÓN A LA “LINGÜÍSTICA PSICOLOGISTA” EN EL FINAL DEL SIGLO XX

Las dos décadas finales del siglo XX han conocido un resurgir del platonismo en lingüística motivado, una vez más, por la amplísima aceptación de la naturaleza psicológica de las entidades postuladas por la lingüística teórica a raíz de la consolidación y expansión del generativismo chomskyano. Las principales argumentaciones de este “neo-platonismo” lingüístico se encuentran en Katz (1981), Soames (1984) y Katz y Postal (1991). El desafío filosófico de estos autores no ha quedado sin respuesta, la cual se desarrolla por extenso en Chomsky (1986), así como en los trabajos publicados en respuesta a Katz & Postal (1991) (Higginbotham 1991, Israel 1991 y Soames 1991). No es este el lugar, sin embargo, para analizar historiográficamente este debate, ciertamente interesante en sí mismo; nos limitaremos a exponer los rasgos característicos más destacables del posicionamiento platónico de los autores citados y de verificar la innegable familiaridad de su interpretación del lenguaje y de las tareas reservadas a la lingüística como disciplina centrada en tal objeto y la sostenida por Saussure a principios de siglo.

La caracterización más general del moderno platonismo en lingüística podemos localizarla en el siguiente pasaje de Jerrold Katz:

El platonismo en lingüística proclama dos ideas diferentes. En primer lugar, la menos comprometida de ellas, consiste en *que la lingüística no es una ciencia psicológica*, es decir, que sus teorías no son teorías acerca de estados de la mente, eventos mentales o su realización en términos neurales [...]. En segundo lugar, la más comprometedora, consiste en que las oraciones y la lengua en su conjunto son objetos abstractos y que *la lingüística trata*, por tanto, *de objetos abstractos* (Katz 1981: 76, los subrayados son míos).

No hay discusión posible sobre la adhesión saussureana a estos dos supuestos, podemos llamarlos respectivamente débil y fuerte, del platonismo lingüístico. La “lengua” de Saussure se constituye, por una parte, previa eliminación de todo componente perteneciente a la mente individual, a la psicología del individuo, de aquello que pueda serle atribuido en exclusiva a uno o a otro hablante y no a la comunidad de hablantes considerada en su conjunto. De tal modo que la lingüística no podrá ser, bajo ningún supuesto, una ciencia psicológica, en consonancia con el supuesto débil del platonismo. Y no solo eso, a los objetos de la lingüística, desde el punto de vista de Saussure, le son ajenos los componentes de orden material o físico en que cobran cuerpo en situaciones diferentes de habla, por ser estos asimismo variables de uno a otro hablante y en las diferentes ocasiones en que un mismo hablante pueda hacer uso de la palabra. Por tanto, las entidades que componen una “lengua” acaban por ser objetos desnudos, abstractos, desprovistos de todo elemento sustancial como constitutivo de su esencia. De modo que la lingüística, bajo la concepción saussureana, no trata sino de objetos abstractos, tal como establece el supuesto fuerte del platonismo.

Scott Soames ofrece una muy directa y sugestiva aproximación al supuesto débil del platonismo invitándonos a considerar qué tipo de cuestiones pueden conside-

rarse como centros fundamentales del interés de los lingüistas y, consecuentemente, las auténticamente delimitadoras del objeto de estudio y estatuto de la teoría lingüística. En su opinión, al plantearse cuestiones tales como los rasgos que diferencian unas lenguas de otras (ya sea en sincronía o en diacronía) o los que separan el conjunto de las lenguas de otros sistemas de comunicación, ciertamente centrales entre las preocupaciones de los lingüistas, el teórico del lenguaje no necesita recurrir en ningún momento a datos de naturaleza psicológica, es decir, relacionados con las capacidades de atención, memoria, reacción a estímulos, etc., ni por supuesto con cuestiones relativas a la maduración de tales capacidades en el individuo. Basta esta observación, concluye Soames (1991: 158-62), para apreciar debidamente que la lingüística propiamente dicha no se enmarca en la psicología ni se relaciona directamente con ella. Como Saussure, Soames entiende que las cuestiones típicamente tratadas por la lingüística pueden recibir respuesta en términos de entidades y relaciones de carácter estricta y específicamente lingüístico. En otras palabras, que la lingüística debe ser considerada como una disciplina autónoma y emancipada con relación a la psicología.

El “neo-platonismo” lingüístico reciente insiste asimismo en un supuesto firmemente defendido por la epistemología platónica durante el siglo XX: la idea de que resulta imprescindible establecer una diferenciación de principio entre, de un lado, el conocimiento de un determinado objeto y, de otro lado, el objeto mismo del que ese conocimiento es conocimiento. Aceptando esta premisa, Katz sostiene que:

Los hechos relativos a la adquisición del lenguaje, la actuación lingüística y nuestras respuestas emocionales ante esta son compatibles con una concepción platónica de la lengua, y [...] la incompatibilidad aparente se debe a una confusión entre la lengua y el conocimiento de la lengua. La lengua es una estructura objetiva, inmutable y atemporal; el conocimiento de la lengua es subjetivo, sujeto a cambio y temporal (Katz 1981: 9).

Las razones de fondo no son en esencia diferentes de las que llevan a Saussure a distinguir con claridad la “lengua”, objeto del conocimiento lingüístico compartido por los miembros de una comunidad de hablantes, y el conocimiento efectivo (o, casi podríamos decir, “defectivo”) que cada uno de ellos ha interiorizado de aquella. La primera, una entidad abstracta e inmutable, trascendente al plano individual, contrasta radicalmente con el segundo, estrictamente subjetivo, concreto y cambiante. Este tipo de distinción se acepta como el único capaz de asegurar la unicidad del conocimiento lingüístico atribuido a una comunidad de habla (así como la legitimidad misma de la noción de “comunidad de habla”) a despecho de la multiplicidad de las formas que ese conocimiento efectivamente adopta.

Debemos destacar que el platonismo no establece un contraste esencial entre el conocimiento de una lengua y la puesta en práctica de ese conocimiento en situaciones concretas de habla, a la manera del contraste chomskyano entre “competencia” y “actuación”. El contraste esencial del platonismo consiste en la diferenciación entre el objeto conocido (la “lengua”, en términos de Saussure) y el conocimiento del que ésta es objeto. El conocimiento de una lengua y su puesta en práctica son igualmente subjetivos, idiosincráticos y cambiantes a lo largo del tiempo, de manera que pertenecen

a órdenes de cosas afines, al menos más afines entre sí de lo que cualquiera de ellos lo es con relación a la lengua objetiva o abstracta. Esta, por tanto, no es ni objeto interiorizado (“Lengua-I”) ni exteriorizado (“Lengua-E”, en términos de Chomsky 1986): es, simplemente, un objeto abstracto o platónico (“Lengua-P”). Por eso, dicho sea de paso, resultan desencaminados los diferentes empeños de Chomsky por relacionar su noción de “competencia”, primero, y de “Lengua-I”, más tarde, con la noción saussureana de “lengua” (*vid.* Chomsky 1965: 4, así como Joseph 2002: Chapter Six), pues esta se propone como perteneciente a un orden de cosas (el de las “Lenguas-P”) que el propio Chomsky trata de desacreditar como quimeras ontológicas (*vid.* Chomsky 1986).

La correcta discriminación, en clave platónica, entre la lengua y el conocimiento de esta permite aparentemente superar, tal como argumenta Soames (1984: 167-8), una grave inconsistencia en el núcleo mismo de los enfoques psicologistas de raíz chomskyana. Estos se plantean, de un lado, ofrecer hipótesis psicológicas acerca del conocimiento interiorizado por los miembros de una determinada comunidad de habla, pero pretenden, por otro lado, que tales hipótesis puedan mantenerse independientemente de toda teoría relativa a la puesta en práctica efectiva de tal conocimiento y les sea concedido el privilegio de no verse sujetas a corrección a la luz de datos psicolingüísticos comprometedores. Este psicologismo a medias resulta, en opinión de Soames, de la resistencia a reconocer la legitimidad de la lingüística para ocuparse de un objeto abstracto, cuyo conocimiento y puesta en práctica por mentes o individuos concretos no quedan en absoluto cuestionados o comprometidos. Uno y otros (el objeto y el conocimiento y prácticas sobre aquel) son, sencillamente, asunto de diferentes tipos de teoría. No nos cabe duda de que Saussure anticipa esta actitud “terapéutica” con sus propias y cuidadosas distinciones entre, de un lado, los hechos del lenguaje y los hechos de lengua y, de otro lado, entre la lingüística del habla y la lingüística de la lengua.

#### 4. CONSIDERACIONES FINALES

El mensaje original del Saussure se ha visto oscurecido por la interpretación que la posteridad le ha impuesto retrospectivamente. Hoy esta interpretación se basa básicamente en enfatizar aforismos selectos del *Curso* citados fuera de contexto.

Podemos leer estas frases en la capa de Harris (1987), una de las más exhaustivas exégesis del *Curso de Lingüística General*. Ignoramos si tales palabras son o no de la autoría del propio Harris. Las traigo aquí a colación simplemente para manifestar mi convicción de que la interpretación platónica del pensamiento de Saussure que he desarrollado a lo largo de este trabajo, más allá de todas las críticas que muy razonablemente pueda recibir, no incurre sin embargo en el vicio denunciado en ellas. Saussure ha sido interpretado como un pensador platónico no en virtud de un puñado de aforismos aislados rescatados de entre sus escritos, sino sobre la base de los ejes cruciales de su concepción del lenguaje y las lenguas: la naturaleza “ni física ni mental” del signo lingüístico (y de cada una de sus caras constitutivas), la distinción “for-

ma / sustancia” y la inclinación hacia el primer elemento del binomio a la hora de establecer el tipo de existencia propio de los hechos de lengua, la concepción en definitiva como “valores” de estos hechos y la tesis de la “inmutabilidad” de los sistemas lingüísticos. Queda fuera de toda discusión posible la supuesta marginalidad o fragmentariedad de tales tesis. Son, muy por el contrario y sin lugar a dudas, las tesis saussureanas más fuertes y todas ellas apuntan a un inequívoco trasfondo de platonismo filosófico por parte de su defensor. En realidad, la opinión de quien ha escrito estas páginas, espero que suficientemente fundamentada a lo largo de ellas, es que sólo resulta posible obviar esta interpretación platónica de Saussure dejando de lado aspectos nucleares de su pensamiento, esto es, aferrándonos a aspectos aislados de su obra y desatendiendo al entramado conceptual, mucho más riguroso, sistemático y cerrado de lo que suele pensarse, reflejado no solo en el *Curso de Lingüística General* sino también en otras fuentes manuscritas de Saussure rescatadas en los últimos tiempos.

### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CHOMSKY, N. (1965): *Aspectos de una teoría de la sintaxis*. Madrid: Aguilar, 1971.
- (1986): *El conocimiento del lenguaje. Su naturaleza, origen y uso*. Madrid: Alianza Universidad, 1989.
- Curso* = SAUSSURE, F. DE (1916): *Curso de Lingüística General*. Madrid: Alianza Universidad Textos, 1983 [Publicado por Charles Bally y Albert Sechehaye, con la colaboración de Albert Riedlinger; traducción, prólogo y notas de Amado Alonso; edición crítica preparada por Tulio De Mauro].
- Écrits* = SAUSSURE, F. DE (2002): *Écrits de Linguistique Générale*. Paris: Éditions Gallimard [Texte établi et édité par Simon Bouquet et Rudolf Engler].
- FREGE, G. (1884): “Los fundamentos de la aritmética”. En *Escritos filosóficos*. Barcelona: Crítica, 1996 [Edición e introducción de Jesús Mosterín], 45-144.
- (1892): “Sobre sentido y referencia”. En *Escritos filosóficos*. Barcelona: Crítica, 1996 [Edición e introducción de Jesús Mosterín], 172-206.
- (1918): “El pensamiento: una investigación lógica”. En *Ensayos de semántica y filosofía de la lógica*. Madrid: Tecnos, 1998 [Edición, introducción, traducción y notas de Luis M. Valdés Villanueva], 195-225.
- HARRIS, R (1987): *Reading Saussure. A Critical Commentary of the Cours de Linguistique Générale*. London: Duckworth.
- HIGGINBOTHAM, J. (1991): “Remarks on the Metaphysics of Linguistics”. *Linguistics and Philosophy* 14, 555-66.
- HUSSERL, E. (1900): “Expresión y significación”. Versión de Manuel G. Morente & José Gaos. En *Investigaciones lógicas I*. Madrid: Alianza, 1999, 233-91.
- (1913): *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- ISRAEL, D. J. (1991): “Katz and Postal on Realism”. *Linguistics and Philosophy* 14, 567-74.
- JOSEPH, J. E. (2000): “The Unconscious and the Social in Saussure”. *Historiographia Linguistica* XXVII, 307-34.
- (2002): *From Whitney to Chomsky. Essays in the History of American Linguistics*. Amsterdam: John Benjamins Publishing Co.

- KATZ, J. J. (1981): *Language and Other Abstract Objects*. Oxford: Basil Blackwell.
- KATZ, J. J. & P. POSTAL (1991): "Realism vs. Conceptualism in Linguistics". *Linguistics and Philosophy* 14, 515-54.
- KOERNER, K. E. F. (1973): *Ferdinand de Saussure. Génesis y evolución de su pensamiento en el marco de la lingüística occidental. Contribución a la historia y a la teoría lingüística*. Madrid: Gredos, 1982.
- NORMAND, C., P. CAUSSAT, J.-L. CHISS, J. MEDINA, C. PUECH & A. RADZINSKI (eds.) (1978): *Antes de Saussure. Selección de textos (1875-1924)*. Madrid: Gredos, 1985.
- POPPER, K. R. (1967): "Epistemología sin sujeto cognoscente" (1967). En Popper (1972: 106-46).
- (1968): "Sobre la teoría de la mente objetiva". En Popper (1972: 147-79).
- (1972): *Conocimiento objetivo*. Madrid: Tecnos, 1974.
- PUECH, C. & A. RADZINSKI (1978): "La lengua: hecho social". En Normand *et al.* (1978: 79-84).
- SOAMES, S. (1984): "Linguistics and Psychology". *Linguistics and Philosophy* 7, 155-79.
- (1991): "The Necessity Argument". *Linguistics and Philosophy* 14, 575-80.